

# Reconciliación

Robert Bosc, S. J.

Profesor de Política Internacional en el  
Instituto Pastoral del CELAM

"Dios nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación" (2 Co 5,18).

"El es nuestra paz, el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad. . . para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad" (Ef 2,14-16).

En los años recientes, el tema de la reconciliación ha sido un poco descuidado por los teólogos de la paz en provecho del tema de la liberación. En realidad los dos temas son complementarios y deberían constituir los dos polos de una teología moderna de la paz. Sin embargo hay que reconocer que el tema de la "reconciliación, camino de la paz", que los documentos de la Iglesia Católica han utilizado frecuentemente con la ocasión del año santo 1975, presenta algunas dificultades en cuanto se trata de traducir la doctrina en la vida política. Quisiera exponer estas dificultades y tratar de decir cómo pueden ser superadas.

Pocos días después de la publicación del llamado de Pablo VI para el día de la paz del 1o. de enero de 1975, uno de los editorialistas del periódico comunista francés *L'Humanité*, André Wurmser<sup>1</sup> escribía: "Nuestra preocupación no es distinta de la vuestra, Santo Padre, pero vuestro vocabulario me deja perplejo. No se reconcilian sino las personas *que se amaban y luego se pelearon*. . ." Puede en verdad el vocabulario de la reconciliación afectar a personas que nunca han sido amigos? "Personalmente, continuaba A. Wurmser, no veo ningún otro medio de reconciliar al explotador y al explotado, sino suprimiendo la explotación".

Reconociendo el carácter irrefutable de esta crítica al concepto de reconciliación, en cuanto se extiende sin discriminación a todas las situaciones sociales y políticas, muchos teólogos modernos relegan la práctica de la reconciliación a un futuro, si no es escatológico, a lo menos muy lejano, y no se atreven sino a hablar de liberación.

Es verdad que en sentido estricto no se puede "re-conciliar" sino a personas "que se amaban y se pelearon". Así, en términos políticos, se podrá hablar de reconciliación, por ejemplo, entre los Estados Unidos y la URSS, entre la URSS y China, entre los diferentes países de Europa o de América Latina, entre Libia y Egipto, entre los Arabes y los Per-

---

<sup>1</sup>Cfr. 27 de diciembre de 1974.

sas... que fueron alternativamente amigos, aliados, enemigos, que se pelearon y se reconciliaron. A pesar de todas las injusticias, engaños, traiciones, cometidas de una y otra parte, a pesar del odio acumulado en ciertos momentos de la historia, continúan tratándose como "socios", más o menos iguales. *A fortiori*, la reconciliación es el único término que conviene para definir el proceso de acercamiento entre dos confesiones religiosas, aun si en el pasado católicos y protestantes, musulmanes y cristianos se han combatido a muerte, a nadie se le ocurriría hablar aquí de liberación.

Por el contrario, las luchas en Irlanda del Norte o en Palestina -aunque se desarrollan en un clima de "odio fraternal", al cual a primera vista parecería convenir el llamado a la reconciliación, contienen por otra parte tantos elementos de explotación social y de dominación política, que este llamado no puede ni ser aún escuchado. Aquí el vocabulario cristiano tradicional, al cual se recurre para reconciliar a los adversarios (invitación hecha a cada uno a reconocer sus propias faltas, luego perdón mutuo de las ofensas) es insuficiente, en todo caso políticamente ineficaz. Sería lo contrario, cuando los grupos dominados se vieran reconocidos por el grupo dominante en sus derechos fundamentales y en su igual dignidad. Unos y otros, en ese caso olvidarán las ofensas sufridas e inventarán formas nuevas de solidaridad: así sucede con las relaciones que se establecen, después de adquirida la independencia, entre un país colonizador y sus antiguos colonizados. De la misma manera, en Rodesia y en Africa del Sur, no se podrá hablar de reconciliación entre negros y blancos, sino cuando las más graves injusticias engendradas por la discriminación racial habrán sido eliminadas.

La insuficiente elaboración del concepto de reconciliación, cuando se trata de aplicarlo a situaciones sociales y políticas concretas, explica entonces la desconfianza, aún el desprecio, del que es objeto por parte de los militantes políticos, y de los politólogos en general. Se reprocha a los que lo emplean de desmobilizar las energías necesarias para la lucha contra la injusticia. La acusación es en parte exacta. Pero abandonar a causa de esto el tema de la reconciliación a un futuro lejano sería, no solo una traición del mensaje cristiano, sino también, a nuestro juicio, una pérdida grave para la sociedad.

En efecto, sobre este punto y para nuestro tiempo, una elaboración renovada del pensamiento cristiano sobre la violencia y sobre la paz puede aportar una contribución al progreso de la sociedad internacional, como la Iglesia ya lo hizo tres o cuatro veces en el curso de la historia. Recordemos la contribución de S. Agustín, que sometió por primera vez la guerra al juicio de la *conciencia*; la de Santo Tomás de Aquino que trató el problema de la guerra en el capítulo de la Suma Teológica, consagrado a la virtud teologal de la *caridad* porque

para él la primera condición de la guerra justa es que ella se emprenda por amor hacia el prójimo, víctima de una injusticia (lo que él llama la intención recta); la de los teólogos-juristas del siglo XVI, Victoria, Suárez, inventores del *derecho internacional moderno*, en contrapeso a la explosión de soberanías nacionales absolutas; más recientemente la de Pío XII y del Concilio Vaticano II, denunciante el *crimen* de la guerra moderna que en ningún caso hoy podría ser el instrumento de una política justa.

Notemos todavía que hablamos de reconciliación, y no de “*conciliación*”. La conciliación es un instrumento diplomático clásico donde cada uno de los adversarios acepta provisoriamente y a regañadientes un compromiso entre puntos de vista que quedan opuestos y tal vez inconciliables: así patronos y obreros al término de una huelga. En las relaciones internacionales, una conciliación que se estabiliza conduce a un estado durable de “coexistencia pacífica entre sistemas sociales opuestos”; pero en general la conciliación es una práctica política limitada en el tiempo, provisional, precisa; la reconciliación, igual que la liberación, es un proceso de largo aliento.

Examinemos entonces *en qué situaciones internacionales* y de qué manera este proceso que implica el reconocimiento de los propios errores cometidos, así como la voluntad de olvidar y perdonar las ofensas, puede llegar a ser *una realidad política*<sup>2</sup>.

### Primer Caso

*La Reconciliación, como Método de la Política Exterior*, como política para hoy.

Como insinuamos más arriba, la reconciliación, como política actual es posible en situaciones ahora numerosas, donde las condiciones están dadas para “enterrar el hacha de guerra”, entre pueblos decididos a superar oposiciones y rencores acumulados en el curso de la historia, y a considerarse como socios iguales. Entre estos pueblos reaparecerán ocasiones de conflicto, pero la capacidad política de superarlos por la vía

<sup>2</sup>No hablamos sino de la reconciliación internacional. Al interior de un país, por largo tiempo desgarrado por luchas civiles, religiosas o ideológicas, una política de reconciliación se impone absolutamente al régimen vencedor, si quiere ser reconocido por la mayoría de la población y adquirir así, por los servicios prestados a todos, la legitimidad. La historia enseña que una tal política de reconciliación, por necesaria que ella sea, es siempre difícil: pensemos en las secuelas de la guerra civil española después de 1936 y, más recientemente, los repetidos fracasos del Comité de reconciliación previsto en los acuerdos de París de 1972 para tratar de poner fin al conflicto vietnamita. Por el contrario, el general Gowon, de Nigeria, tuvo un cierto éxito en su política de reconciliación nacional con los Ibos después de la guerra del Biafra.

pacífica existe. El mérito de un movimiento como *Pax Christi* ha sido el de emprender después de la segunda guerra mundial la reconciliación entre los pueblos de Europa; entre Alemania y Polonia, el gesto de Willy Brandt, arrodillándose delante del monumento conmemorativo del ghetto de Varsovia, es símbolo de una voluntad de reconciliación política (y no solo de conciliación). Aun entre Israel y Alemania, y a pesar de los seis millones de muertos, la reconciliación es posible actualmente.

Teodoro Weber, un teólogo protestante norteamericano que enseña teología política en la Universidad Emory de Atlanta (Georgia, USA) está trabajando en precisar con rigor lo que llama "la reconciliación, como método de política extranjera"<sup>3</sup>. No es aquí el lugar de exponer todo su pensamiento. Notemos solamente que T. Weber subraya con justa razón que la reconciliación "no puede intervenir sin que se establezca o sea reconocida una cierta relación de igualdad entre aquellos que están divididos. . . del mismo modo no puede haber reconciliación verdadera ahí donde naciones muy débiles se ven confrontadas con naciones muy fuertes. En el mejor de los casos, las relaciones estarán marcadas por el paternalismo y la dependencia, y aun en su mejor expresión no escapan a las actitudes de desprecio y de resentimiento que acompañan esta suerte de relaciones. La igualdad no debe necesariamente, y no puede en realidad, ser absoluta, pero ella debe progresar por lo menos hasta el punto donde las naciones más débiles tienen alguna posibilidad creíble y material de decir 'no' a las naciones más fuertes".

Cuando esta situación existe, como muy evidentemente en los casos de Europa citados más arriba, y también entre las naciones latinoamericanas que se entregaron en el pasado a guerras fratricidas, y entre las cuales existen aun todavía tensiones y causas de conflicto, la reconciliación como método de política exterior debe comprenderse como un método *político*, y no como una vía no política de recambio. Quiere ser una guía en el manejo del poder, y no exige la supresión del poder. Cuando el ejercicio del poder se inspire en la reconciliación como método político, se transforma en voluntad de "civilizar" el sistema de relaciones de poder (es decir pasando del estado de la "naturaleza" al estado "civil", en el lenguaje de los filósofos políticos del siglo XVI). Esto sucede, por ejemplo, cuando las decisiones de política exterior no se toman al servicio de un interés nacional estrechamente comprendido, sino con la preocupación de servir a la solución de los grandes problemas actuales de la sociedad internacional... Como método para la solución de los conflictos, la reconciliación no se contenta con caminar empíricamente de crisis en crisis, sino que sitúa toda crisis al interior de una visión de conjunto que consiste en reforzar concretamente la cohesión y

<sup>3</sup>Cfr. Abigdon, Press, USA 1969; existe una traducción francesa de uno de sus artículos en *Projet*, París, abril 1970.

la autoridad de una comunidad internacional incipiente". La integración latino-americana, el pacto andino, puede ser considerado como ejemplos del método de reconciliación, del cual habla T. Weber.

### Segundo Caso

*La reconciliación, como fin o Intención de la Acción Política.* A primera vista parece que la idea de la reconciliación no tiene ningún sitio en una lucha liberadora, emprendida contra una situación de injusticia social o de dominación (dependencia) nacional antes de que esta situación haya sido transformada. Sin embargo también en este caso —que es la situación de la mayoría de las naciones de América Latina frente al imperialismo de Estados Unidos en lo exterior, frente a las oligarquías dominantes en lo interno—, la intención de reconciliación será la mejor garantía de un éxito durable en la lucha liberadora. De hecho, solo la capacidad de ver en el adversario no únicamente un obstáculo que es preciso destruir, sino también el socio de una futura comunidad, impedirá el desencadenamiento de crueldades y violencias sin fin. La reconciliación, como fin político, impedirá, por parte de la revolución vencedora, la rápida reconstrucción de nuevas estructuras de dominación y la esterilización del pensamiento político, como tantas veces ha sucedido en la historia.

Por eso los cristianos que, en medio de una lucha en la cual se oponen unos a otros, son capaces de sentarse en la misma mesa eucarística y de comulgar para afirmar su voluntad de reconciliación a pesar de todo lo que presentemente los divide hacen una cosa políticamente fecunda, creadora de paz. Todos tenemos en la memoria ejemplos que prueban la posibilidad de tal actitud lúcida y valiente. Durante la guerra que oponía a Francia y a Argelia en lucha por su independencia, escuché a un nacionalista musulmán argelino explicar a jóvenes franceses que partirían el mes siguiente a la guerra, cómo debían conducirse a fin de no comprometer la necesaria reconciliación futura entre los dos países: no debían separarse de su comunidad nacional, ni tampoco deberían cometer ningún acto que pudiera ser considerado como una violación de los derechos del hombre. En su novela *Hiliopolis*, Ernst Jünger atribuye al cheikn Abd-al-Salam esta dimensión interior (innerer Raum) que lo hace capaz de pensar no solo en su propia causa, sino también en la salvación de su adversario, y a causa de esto, de inventar la solución más inteligente y menos violenta al conflicto: "El sentía, dice Jünger, que tenía también responsabilidad por su adversario: eso es un signo infalible de superioridad, que entre los hombres está fundada sobre algo más alto" (Er fühlte sich für den Gegner mitverantwortlich. Das ist ein sicheres Kennzeichen der Ueberlegenheit, die unter den Menschen auf ein Höheres gegründet ist).

Leyendo este relato, hoy día pensamos inevitablemente en la situa-

ción de los israelíes y de los palestinos: de hecho, E. Jünger esbozó este ensayo en 1942 en el frente de Verchilovgrado, pensando en los alemanes y en los soviéticos entonces enfrentados en un combate a muerte.

### Tercer Caso

*La Reconciliación, como Dinámica Política Permanente y Condición del Respeto a los Pluralismos.* Las dialécticas hegeliana y marxista han marcado tanto nuestra época que no llegamos a imaginar el futuro de la sociedad humana sino bajo la forma de una alternativa: o bien la lucha a muerte siempre nueva entre los Estados, o bien una comunidad definitivamente reconciliada por la abolición de las clases, y en último término por la supresión de los Estados.

El interés político del pensamiento cristiano consiste en ofrecer otra alternativa: liberación y reconciliación. La liberación mira hacia la reconciliación, la cual no es nunca definitiva, porque un simple cambio de estructuras sociales aún acompañado de revolución cultural prolongada, no puede bastar para crear una sociedad reconciliada para siempre. Aquí el pensamiento cristiano nos libera de la ilusión de crear un hombre tan nuevo, una sociedad tan nueva, que la tentación de dominación y de explotación de la parte de un grupo de hombres o de una nación sobre otro grupo u otra nación llegue a ser imposible. Aun suponiendo que los Estados se reconocieran actualmente y se respetaran al punto que una lucha de liberación no fuese ya necesaria, rivalidades de prestigio y de poder se manifestarán siempre, aunque solamente sean "peleas entre amigos" que se convierten por un tiempo en hermanos-enemigos, "contradicciones no antagónicas" según el lenguaje de Mao Tse-Tung. En estas situaciones, donde se nos diría que la sociedad está definitivamente reconciliada (o próxima a serla, como dice hoy el Partido comunista en la Unión Soviética, donde el Estado dicen, ha llegado a ser "Estado de todo el pueblo"), la teología cristiana de la reconciliación sería más necesaria que nunca, para disipar las ilusiones de las falsas reconciliaciones, para hacer percibir que la uniformidad no es la paz. Una sociedad no es dinámica, sino a condición de aceptar los riesgos del pluralismo, de la oposición al pensamiento dirigente, y por lo tanto los riesgos de los conflictos siempre renacientes que habrá que superar, y de la reconciliación que hay que perseguir.

Me parece que, presentado así, el pensamiento cristiano sobre la reconciliación como método político válido en la acción por la paz no es vulnerable a las críticas y objeciones que le han sido hechos en muchos ambientes, y aún de parte de teólogos católicos.